

---

CURRIE  
Y LA SOCIEDAD

Fabio Giraldo Isaza

---

\* N. del Ed. Conferencia dictada en la Biblioteca Luis Ángel Arango con ocasión del Homenaje a Lauchlin Currie, organizado por la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional y la Fundación Fines.

Cualquier acercamiento al rico y amplio pensamiento del profesor Currie sobre la sociedad, no debe omitir que una de las líneas esenciales de su reflexión es la búsqueda de políticas encaminadas a la abolición o disminución de la pobreza a través de la aceleración de la tasa de crecimiento, aumentando en forma deliberada y consciente el grado de bienestar, sin subordinar los valores humanos a la aritmética. Este enfoque lo llevó a suscribir en su libro *Desarrollo económico acelerado* la definición de Joan Robinson de la economía como una rama de la ética que trata de convertirse en ciencia.

Currie es un pensador que hace uso de un concepto de sociedad que además de plantearse en términos de ontología fundamental, se estructura buscando como finalidad una praxis intersubjetiva de utilidad para los individuos socializados. Sus teorías no quedan absorbidas en el torbellino anónimo de unos conceptos abstractos impracticables, sino que son una respuesta concreta para hacer frente a la solución de los problemas más urgentes.

Las mayores contribuciones de Currie se encuentran en el campo de la aplicación de la teoría a la solución de problemas específicos. La mayoría de sus más importantes trabajos dejan ver una inclinación pragmática muy acentuada, en la cual la teoría se torna significativa para la comprensión del funcionamiento del sistema económico, en una sociedad dada y en una praxis, para la solución de los problemas sociales prioritarios.

Ante la pregunta de cómo explicar el bajo nivel de vida prevaleciente en países como el nuestro, Currie elaboró una teoría com-

puesta de conceptos e instrumentos muy sencillos que cualquiera podría encontrar en un libro de economía elemental. Su indiscutible mérito consistió en distinguir los conceptos relevantes y en mostrar la manera de usarlos adecuadamente para transformar la sociedad. El súbito descubrimiento de que en términos económicos la mitad de la fuerza laboral colombiana se hallaba desempleada fue la clave para buena parte del análisis contenido en su propuesta de desarrollo acelerado para un país como el nuestro. La pobreza ocasionada por el "desempleo disfrazado" y un índice alto de natalidad son interactuantes y estuvieron en la base de las más grandes discusiones económicas realizadas en el país en la década del sesenta.

Para Currie, el problema agrario de aquel entonces no era el de una producción agrícola inadecuada, sino el de ingresos rurales muy bajos, esto es, el de una gran pobreza rural. Así mismo, y pensando en el problema urbano, Currie ha señalado reiteradamente cómo el problema de vivienda para los más pobres no es primordialmente el de la vivienda, el de su alto costo, el de su localización y dotación, sino básicamente el de su pobreza.

La fecunda vida del ilustre profesor ha estado dedicada largamente a pensar en la sociedad. Su terca obsesión en la resolución de los problemas económicos y sociales de los más pobres, nos ha dado una gran lección a las nuevas generaciones al enseñarnos que en economía el menos común de los sentidos es precisamente el sentido común, puesto que el problema de los más pobres, como todos los grandes problemas económicos, se resuelve más con la cabeza que con el corazón.

Para Currie, la solución de los problemas económicos y sociales, como ocurre en la medicina, "depende del acierto en el diagnóstico". Este fue, sin embargo, desafortunado durante los primeros gobiernos del Frente Nacional: las políticas de Reforma Agraria, al suponer como norma que lo que es bueno para un agricultor tomado individualmente lo es también para los demás, pusieron de manifiesto la ineficiencia de la estrategia de desarrollo agrario para enfrentar los problemas de acumulación y de reproducción de la fuerza de trabajo nacional durante este período. En efecto, los propósitos de la política agraria de los años sesenta buscaron retener la población en el campo para evitar la marginalidad y el desempleo en las grandes ciudades.

Los efectos de la orientación de la política económica durante este período pusieron de relieve los errores del diagnóstico de la reforma agraria: la competencia entre los pequeños agricultores hizo descender el ingreso real *per cápita* con efectos negativos sobre la demanda efectiva; las migraciones de campesinos hacia las ciudades lejos de detenerse se aceleraron aumentando aún más el desempleo; al mismo tiempo, la expansión del gasto público fue erosionando progresivamente los recursos del presupuesto nacional, desequilibrando la balanza de pagos a través de incrementos en los niveles de inflación. Al finalizar los años sesenta, el desempleo, la inflación, la estrechez del mercado interno y una situación de pobreza generalizada, tanto rural como urbana, reflejaban claramente los fracasos de las políticas de reforma agraria.

Para Currie, a diferencia de los ejecutores de la política económica durante ese entonces, la economía colombiana había alcanzado las condiciones básicas para impulsar, en forma acelerada, el crecimiento del producto y provocar, al mismo tiempo, un alza en el ingreso real *per cápita* de la población.

Para el logro de estos objetivos se debía provocar una migración acelerada de trabajadores improductivos del campo hacia la ciudad —todo lo contrario de lo que se hizo—, suministrándoles vivienda, servicios públicos, empleos y educación; promover una gran expansión de las exportaciones, acelerar la tecnificación de la agricultura y la ganadería e iniciar la recuperación de un millón de hectáreas de suelos aluviales. Las propuestas de Currie buscaban, en suma, acelerar deliberadamente las fuerzas naturales, a través de una racionalización y reasignación en el uso de los factores de la producción que se hallaban subutilizados y mal empleados por las políticas estatales. La única cosa nueva de este programa —escribió Currie—, es el intento planificado, consciente y deliberado, de acelerar los resultados de las fuerzas naturales y de alcanzar la mayor parte de los primeros incrementos de la producción para el mejoramiento del nivel de vida de los grupos de más bajos ingresos<sup>1</sup>.

Es precisamente en este aspecto central de la estrategia de desarrollo del profesor Currie donde más se ha equivocado la crítica. Para algunos de los más destacados investigadores de esa época, las propuestas de Currie no buscaban desarrollar solamente

---

1 Currie, Lauchlin, *Operación Colombia*, p. 20.

las fuerzas productivas de la sociedad, sino —y es allí, según esas interpretaciones, donde radica la “verdadera” importancia del modelo de crecimiento acelerado— en acentuar los niveles de miseria y pobreza de la inmensa masa de la población mediante la superexplotación del trabajo. Las críticas de los ilustres investigadores, al fundamentarse en la idea según la cual el desarrollo capitalista produce miseria económica en masa, atribuyeron equivocadamente al pensamiento de Currie elementos que le eran completamente ajenos. Así por ejemplo, uno de estos críticos observó que el plan de desarrollo de la administración Pastrana se basó no tanto en sus pretendidas cuatro estrategias para acelerar el bienestar, sino en la quinta y fundamental estrategia: la economía de guerra contra los explotados<sup>2</sup>. En esta misma dirección se inscribe la crítica de otro ilustre investigador: “desarrollo capitalista gran terrateniente en el campo con altos precios agrícolas, altos precios de bienes salariales y, al mismo tiempo, salarios de miseria en la industria, ganancias y rentas territoriales exageradas al extremo; esto es, en síntesis, según los analistas que criticaban a Currie en esa época, la estrategia de desarrollo capitalista acelerado contenida en el pensamiento de Lauchlin Currie”<sup>3</sup>.

El diagnóstico y las propuestas de Currie no fueron pensados solamente para resolver problemas de coyuntura —como el incremento rápido en las tasas de natalidad y el recrudecimiento de los conflictos agrarios— sino, fundamentalmente, para desarrollar en forma acelerada las fuerzas productivas de la sociedad en el largo plazo. La racionalización económica implícita en *La Operación Colombia* buscó, en últimas, impulsar la inversión en las actividades más dinámicas —o líderes como el propio Currie las denominó— capaces de absorber a la fuerza de trabajo expulsada del campo en mejores condiciones de remuneración. De esta manera, se provocaría un aumento apreciable en el ingreso real que potenciaría, en breve, la demanda efectiva, la cual, a su vez, estimularía las actividades productivas. Con ello se rompería el círculo del atraso, de la estrechez del mercado interno y de la improductividad del trabajo, y la economía colombiana emprendería la senda hacia el crecimiento acelerado y hacia una mejor distribución del ingreso.

Sus ideas, que han constituido los intentos más decididos de modernización del país, llegaron en un mal momento y chocaron a

2 Véase García, Bernardo, *Anticurrie*, Bogotá, Ed. La Carreta, 1973, pp. 54 y 55.

3 Kalmanovitz, Salomón, “Desarrollo acelerado”, en *Ensayos sobre el desarrollo del capitalismo dependiente*, Bogotá, Ed. Oveja Negra, 1980, p. 112.

un tiempo con el carácter patrimonial y hereditario que ha dominado la evolución de la estructura socio-económica y cultural colombianas desde el nacimiento mismo de la República. En el período de postguerra el país vivió una fase de desarrollo económico y de conmoción social que se negó a asimilar decididamente el avance de la modernidad en lo político y social y sustituyó, el establecimiento de unas reglas de juego civilizadas para dirimir los conflictos entre las clases, como las expresadas en la "revolución en marcha", por la violencia. También en el decenio del sesenta el Gobierno adoptó la fórmula cepalina de reforma agraria que, junto con las políticas de Alianza para el Progreso, perseguía objetivos contrarios a las propuestas de Currie.

El proyecto de Currie era verdaderamente innovador. El modelo de los sectores líderes llevaba implícita la superación de la sociedad tradicional heredada de la colonia y buscaba establecer, mediante el control del medio ambiente económico, un sistema que se alimentase a sí mismo, desarrollando actividades productivas e integrando al mismo tiempo a los individuos dentro de la dinámica del mercado. Se trataba, en últimas, de ampliar los criterios de racionalización, en el sentido weberiano del término, a los distintos ámbitos sociales y económicos, potenciando, mediante el crecimiento urbano y la tecnificación del tráfico social y de la comunicación, los criterios de acción instrumental guiados a su vez por la lógica del mercado. En la medida en que las ideas de Currie se refieren a la correcta elección de estrategias, la adecuada utilización de tecnologías y la necesidad de integrar la vida nacional a la lógica de la competencia, constituyen, no obstante los obstáculos que han tenido que sortear, el proyecto más ambicioso y de mayores alcances de modernización que ha tenido la Nación en la segunda mitad del siglo XX.

La reflexión de Currie, al integrar de manera ingeniosa elementos propios de las teorías del bienestar con elementos de la economía de mercado y al dar un especial énfasis a los problemas de largo plazo, constituye una de las teorías del desarrollo más originales que se hayan aplicado con relativo éxito en países en desarrollo. El plan de "Las Cuatro Estrategias", que sintetiza de manera muy precisa las ideas de Currie, no sólo se propuso ampliar el mercado interno mediante estímulos exógenos a la construcción privada de vivienda y la mecanización de la agricultura. También le dio un lugar protagónico al sector externo de la economía, a través de un apoyo decidido a las políticas de promoción y diversificación de exportaciones.

No obstante, esa manera de reflexión tan singular de Currie, que le ha permitido extraer experiencias interesantes sobre el funcionamiento de las economías en desarrollo, posibilitó la construcción de una teoría bien fundamentada sobre el crecimiento acelerado que no se deja clasificar en ninguna de las escuelas ortodoxas de la ciencia económica y que forma más bien, junto a ellas, parte del patrimonio de las ciencias políticas y sociales.

Resulta interesante observar cómo por esa manera particular de trabajar los problemas económicos, en la cual se mezclan, aquí y allá, los más variados enfoques de la teoría, se le da un tratamiento completamente opuesto a los problemas de la agricultura y del desarrollo urbano. En efecto, si para resolver la inmovilidad y la poca productividad en el campo Currie propone dejar la agricultura a las libres fuerzas del mercado, los problemas derivados del proceso de urbanización deben resolverse mediante la intervención del Estado. Si para la agricultura el mecanismo clásico de la "mano invisible" de Adam Smith resulta adecuado para seleccionar a los agricultores más productivos y con mayores ventajas comparativas, para la urbanización resulta desastroso: conduciría, inevitablemente, a una alta concentración de las rentas urbanas, mayor fragmentación y segregación de las ciudades.

El propio Currie caracterizó su pensamiento en los siguientes términos cuando le pidieron que preparara una conferencia sobre planificación y política macroeconómica en América Latina que se realizó en Panamá en 1975: "Me sugirieron que destacara el uso del mecanismo del mercado. Hice el intento y puse todo mi esfuerzo en la tarea, pero me temo que, no obstante mi gran respeto por el poder de los incentivos económicos y la eficacia de la toma descentralizada de decisiones, sigo siendo un planificador empedernido. Pese a mis buenas intenciones, el Estado reapareció, pero espero en una apreciable colaboración con el uso de incentivos económicos. La "mano invisible" se convirtió en dos manos, la tradicional, que operaba más o menos silenciosamente por medio de incentivos económicos, y la más visible de la formulación de la política nacional. La estrategia resultante es mixta, difícil de clasificar. Desconfío de los calificativos. Yo personalmente no diría que soy monetarista ni keynesiano, ni tampoco un partidario de la intervención ni del mercado, ni un estructuralista, ni un neoclasicista, sino un poco de todo esto, y estoy dispuesto a usar políticas que incluyan elementos de todos estos enfoques cuando el logro

de determinados objetivos haga aparecer que su uso es apropiado”<sup>4</sup>.

Por todo lo anterior, es claro que una de las características que sobresale en el pensamiento de Currie es la de no anteponer modelos teóricos a la realidad; es, por el contrario, la observación de ésta lo que lo lleva a tomar, como se señaló, elementos de varias escuelas del pensamiento económico para adecuar las categorías y los conceptos de la teoría a las necesidades del crecimiento de las economías en desarrollo. En algunas de sus obras llega a afirmar, incluso, que no existe en rigor una economía del desarrollo, sino la aplicación de la teoría económica a problemas particulares: “De acuerdo con mi enfoque no es la teoría, sino el ambiente, el que difiere en muchos aspectos. La confrontación de los problemas de zonas en desarrollo es básicamente un proceso de aplicación de nuestros usuales instrumentos de análisis a casos especiales”<sup>5</sup>. Su enfoque no intenta, en este aspecto, teorizar sobre el crecimiento. Su propósito es, esencialmente, acelerar el desarrollo o, lo que es lo mismo, alcanzar en forma rápida un nivel más elevado de vida para una población que, como la mayor parte de la población colombiana de los años cincuenta, acusaba un bajo nivel de consumo al estar divorciada de la circulación monetaria. Su interés es ciertamente pragmático: “No me interesa —escribe— el problema de cómo se inicia el crecimiento... sino más bien el problema de cómo realizar la transición de un país subdesarrollado, o en desarrollo, a otro desarrollado”<sup>6</sup>. Para lograr este objetivo resulta indispensable no sólo tener en cuenta las fuerzas culturales, sino también sus impactos sobre el proceso mismo de crecimiento. Considera, además, que lo fundamental es la planificación, es decir, la elección de objetivos, el diagnóstico de los problemas y la estrategia para resolver adecuadamente los obstáculos que se anteponen a las metas perseguidas, no obstante la importancia relativa que reviste la teoría económica en el diseño de la planificación misma.

4 “A Leading Sector Strategy as a Complement to Goverment Fiscal, Monetary and Exchange Policies”, Conferencia sobre planificación y política macroeconómica a corto plazo en América Latina; auspiciada conjuntamente por el Instituto Latinoamericano para el Desarrollo Económico y Social de las Naciones Unidas (UNILPES), el Ministerio de Planificación de Panamá y el National Bureau of Economic Research (NBER), Isla Contadora, Panamá, noviembre de 1975. (Citado por Roger J. Sandilands, pp. 384-385).

5 Currie, Lauchlin, *Desarrollo económico acelerado*, México, Ed. F.C.E., 1974, p. 17.

6 *Ibid.*, p. 18.

La reflexión cuidadosa sobre el diagnóstico es, quizás, lo más difícil en la planificación económica. Se debe, por eso, según la expresión de Currie, engañar a la gente para alcanzar su bienestar o, lo que es lo mismo, sustituir el sentido común por la reflexión minuciosa de la realidad: "He aprendido, a mi propio costo, que las gentes se aferran a ideas irracionales y gastadas con una tenacidad asombrosa y se resienten cuando se les pide que las descarten". En la concepción de Currie sobre el desarrollo en las economías subdesarrolladas se advierte claramente que éstas siguen, bajo condiciones específicas, las tendencias del desarrollo de las economías avanzadas. Para Currie es obvia aquella predeterminación clásica del marxismo según la cual "los países industrialmente más desarrollados no hacen más que poner delante de los países menos desarrollados el espejo de su propio porvenir"<sup>7</sup>. Sin embargo, para muchos de sus más agudos polemistas, esta idea es absurda y estratégicamente disparatada, lo cual invalidaría, de entrada, la propuesta macroeconómica de crecimiento acelerado. Carlos Lleras Restrepo, quizás el principal opositor de Currie en el país, no deja de expresar sus dudas sobre este principio que sirve de base, justamente, a la Operación Colombia: "Tengo la íntima convicción —dice el expresidente Lleras— de que no le será posible al país avanzar sobre las viejas líneas del capitalismo sin provocar tarde o temprano una situación social insostenible"<sup>8</sup>.

Esta afirmación, soporte de la estrategia del desarrollo agrario, se convirtió, paradójicamente, en la base de la crítica radical para la cual la sociedad colombiana, lejos de poder desarrollar sus fuerzas productivas, avanzaba hacia la disolución del capitalismo. Al referirse a la conclusión llerista, uno de los exponentes más lúcidos de la izquierda colombiana de ese entonces sostenía, en efecto, que: "No se podría expresar de una manera más clara y directa la causa general por la cual la Operación Colombia no puede aspirar seriamente a convertirse en un programa oficial. Su inutilidad práctica no le quita sin embargo nada de su importancia ideológica, ya que ella coincide con la imposibilidad histórica de un desarrollo pleno del capitalismo en nuestro país"<sup>9</sup>. Así, mientras que para los partidarios de la concepción desarrollista la imposi-

7 Marx, Carlos, *El capital. Crítica de la economía política*, Vol. I, México, Ed. F.C.E., 1977, p. 16.

8 Declaración de Carlos Lleras Restrepo ante la Sociedad económica de amigos del país, (citado por Arrubla, Mario en *Estudios sobre el subdesarrollo colombiano*, Bogotá, 1972, Ed. Tigre de Papel, p. 55).

9 Arrubla, Mario, *op. cit.*, pp. 55-56.

bilidad de llevar a cabo la estrategia de crecimiento acelerado conlleva hacia la reforma agraria, para la izquierda de ese entonces el desenlace no podría ser otro que la revolución.

La aplicación parcial de las teorías de Currie ha contribuido a la transformación y modernización social del país, el cual ha asistido, desde la década de los sesenta, a una de las más notables revoluciones silenciosas que se hayan gestado en el mundo en desarrollo: la desigualdad social, sin haber cesado, ha disminuido positivamente y nuestra distribución del ingreso es menos mala; hemos podido, a pesar de las contingencias macroeconómicas, mantener tasas promedio de crecimiento altas; la educación primaria y secundaria, así como la universitaria, han visto ampliar en forma significativa su cobertura; el acceso a bienes de mayor complejidad y el mejoramiento del estilo de vida son hechos indiscutibles; a su turno, y tal como lo previó el propio Currie, la mayor urbanización creó las bases para una transición demográfica más manejable en términos del desarrollo. La menor reproducción de los individuos que tiene lugar en las ciudades, como producto del mayor grado de "civilización" que éstas brindan, genera una tasa de crecimiento demográfica mucho más moderada y como tal, mucho más fácil de administrarse económicamente; el menor ritmo de crecimiento poblacional, alcanzado por la dinámica del desarrollo urbano, es como lo postuló Currie de tiempo atrás, un mecanismo básico para el desarrollo y bienestar económico. La atención integral de la población y el ofrecimiento de un mayor y mejor número de oportunidades se facilita enormemente con la creciente urbanización, la cual sólo se puede alcanzar con el diseño de políticas que no dilaten ni se asusten ante la necesaria y progresiva modernización de la economía. El mérito de Currie consiste en haber sido el primero en plantear este problema abiertamente.

Las inversiones realizadas en construcción en los últimos años han incrementado el capital social del país y, en la medida en que éstas se han concentrado sobre una mayor urbanización, han creado efectos positivos permanentes sobre el crecimiento y el desarrollo económico, entendido éste como siempre lo ha entendido Currie, no solamente en términos de ingreso *per cápita*, sino, y fundamentalmente, en términos de un aceptable grado de control sobre el medio ambiente en todos sus aspectos, tanto sociales como físicos.

El diseño y puesta en funcionamiento del sistema de ahorro y vivienda ha sido la mayor y más exitosa innovación de política económica y de desarrollo social ideada en nuestro país en los

últimos tiempos. Con ella se creó un importante grupo de nuevos empresarios; se han construido alrededor de un millón doscientos mil hogares; se mantienen en la actualidad más de quinientos mil empleos y hay alrededor de cinco millones de cuentas de ahorro con depósitos totales que superan los U.S. \$ 4.300 millones.

Las teorías de Currie, al darle un lugar de importancia a la vivienda y al desarrollo urbano, han ayudado a visualizar una de las inversiones que más influyen en el capital humano de la sociedad. Cuando se realizan inversiones en infraestructura y desarrollo urbano, la difusión de sus efectos en la población, como ha ocurrido en Colombia en los últimos años, no se hace esperar. Se mejora la salud, se educa más fácilmente y se incrementa la productividad en el trabajo al mismo tiempo que se genera el producto más importante de una sociedad: la ciudad.

Ciertamente el aporte de Currie a la sociedad colombiana es muy profundo. Su profundidad es tan honda como hondo es el pozo del pasado. ¿No sería mejor decir, parafraseando a Thomas Mann, que es insondable?

Hoy, 30 años después de la formulación de la Operación Colombia, es claro que el capitalismo utópico de Currie resultó con mucho más realismo que la estrategia de desarrollo agrario y, desde luego, que el indiscutido socialismo pregonado entonces por sus más audaces críticos<sup>10</sup>. Lo importante de resaltar es cómo en la discusión teórica sobre el desarrollo económico del capitalismo colombiano el tiempo ha hecho desplazar el énfasis de la revolución a la reforma y, del problema agrario al problema urbano. Todas estas interpretaciones sobre los planteamientos de Currie han puesto nuevamente de manifiesto que en economía, como en filosofía, la percepción que tenemos de la realidad es engañosa. En el análisis científico ciertamente el sentido común es el menos común de los sentidos. Si la apariencia de las cosas coincidiera con la realidad, la ciencia y la filosofía carecerían de sentido.

Ciencia y filosofía, nos permiten unas reflexiones adicionales sobre la potencia del pensamiento social del profesor Currie, pues para él la economía es una ciencia social que tiene por tema básico el bienestar económico del hombre. La economía como ciencia, sostie-

10 Véase Giraldo Isaza, Fabio, *Vivienda y construcción en los planes de desarrollo en Colombia*, Bogotá, Fondo Editorial CAMACOL, 1985, p. 22.

ne Currie, guarda relaciones muy estrechas con la sociología, la antropología, la medicina, la ciencia política y la administración, y, al mismo tiempo por otra parte, con todas las ramas técnicas relacionadas con la producción y la distribución. Debe recordarse, señalaba Currie en su libro sobre la enseñanza de la economía en Colombia, que la naturaleza no ha dividido al universo y al conocimiento en compartimientos aislados y que nuestras divisiones que son más o menos arbitrarias se han hecho por razones de conveniencia. Existe una constante presión hacia la especialización, pero también hay otros que nos advierten los peligros de excedernos en ella y que buscan mantener lo que los generalistas llaman "vigor híbrido"<sup>11</sup>.

Después de esta larga cita, y habiendo escuchado la interesante disertación de Gabriel Misas en su trabajo para esta celebración, uno puede estar tentado a creer que la formación adecuada de un economista, para que pueda pensar los problemas de la sociedad, debe ser aquella que permita dotarlo de una visión global que trascienda las fronteras disciplinarias, buscando la articulación de distintos saberes para la explicación de los fenómenos sociales.

Si queremos establecer adecuadamente las relaciones de la economía con otras disciplinas, esto conlleva necesariamente hacia un planteamiento filosófico. Dialogar en términos interdisciplinarios, dado el actual nivel de desarrollo de las ciencias, implica una discusión a través de la filosofía, en cuanto esta disciplina, no los filósofos de profesión, se plantea como proyecto la necesidad de un saber que unifique una concepción del hombre en términos de sus determinantes culturales básicos: moral-práctico (ética), estético-expresivo y cognoscitivo-instrumental (ciencia y técnica).

El problema no es integrar saberes, sino buscar el vínculo entre los mismos. Las ciencias sociales y muy en especial la ciencia económica, como tantas veces lo ha puesto de manifiesto el profesor, tienen en común que se plantean al hombre como objetivo básico. Encontrar ese vínculo entre especialidades implica saber cómo actúan las ciencias en eso que les es esencial, el hombre. No tenemos la receta de cómo lograrlo, pero sí la convicción de que debemos hacerlo.

La articulación de la ciencia económica y de las ciencias en general con el poder, es un hecho histórico incontrovertible que no se puede dejar de mencionar en un seminario dedicado a un hombre

11 Currie, Lauchlin, *La enseñanza de la economía en Colombia*, Ediciones Tercer Mundo, Bogotá, 1965, pp. 49-50.

que ha entregado lo mejor de su vida a la asesoría económica de gobiernos. El conocimiento científico ha determinado progresos técnicos indudables, los cuales casi en su totalidad han estado al servicio de las causas y los intereses del poder. El progreso científico produce una infinidad de potencialidades benéficas y dañinas. Nadie dudará de las potencialidades positivas o negativas de la energía atómica, hasta el punto que el saber producido por el científico y apropiado por el poder escapa totalmente al científico; éste, como sostiene Morín, produce un poder sobre el que no tiene poder, pues depende de las instancias que lo controlan y manipulan. Éste es ciertamente un problema que se debe plantear el hombre, a través del encuentro de los vínculos entre la ética-política y la ciencia.

Precisamente en este punto encontramos una de las lecciones más actuales y vigorosas del pensamiento del profesor Currie, para quien además de buena información y de conocimiento de la teoría económica, se requiere de los más altos valores personales y de una gran independencia de carácter. De lo más esencial de su pensamiento fluye, casi que sin proponérselo, una clara formulación de valores políticos y éticos y de organización de la vida que, en sentido estricto, son una propuesta para la construcción de un nuevo orden social. Este orden no se puede basar en un régimen pasivo de *laissez faire* sino en políticas donde el Estado actúe con medidas drásticas para corregir los efectos de la mala asignación de los recursos y muy en especial de los humanos. Su ética política siempre ha conducido a que sus recomendaciones económicas lleven hacia el mejoramiento de las condiciones de vida de los sectores más pobres de la comunidad para aliviar en algo su sufrimiento.

La ciencia y el poder, pienso, no pueden actuar independientemente. Cuando se analiza su interacción desde una **óptica ética** es claro que la ciencia no es neutral y casi siempre ha estado subordinada al poder. El científico, a pesar de que pueda controlar los procesos que permiten una interpretación más rigurosa sobre sus objetos de investigación, es incapaz de controlar los resultados y aplicaciones de su saber.

La búsqueda del **vínculo** entre las disciplinas conlleva a planteamientos epistemológicos básicos: ¿se pueden separar tajantemente las ciencias naturales de las ciencias humanas? El problema del conocimiento no puede ser un monólogo solitario. Toda ciencia, como lo sostiene en algunos de sus escritos el profesor Currie, independientemente de lo que pensemos, mantiene un estrecho diálogo con la cultura en general y con los descubrimientos científicos.

ficos en particular: cuando en 1543 se publica la obra de Copérnico, el sol, independientemente de la ideología de la época, dejó para el hombre de girar alrededor de la tierra. Este descubrimiento afectó las relaciones básicas del hombre: el conocimiento, la política, el arte y la vida.

En la larga trayectoria académica de Currie no se ha omitido ni siquiera un acercamiento teórico y práctico con un saber tan problemático y esclarecedor como el psicoanálisis.

Con el psicoanálisis, es bueno recordarlo, ocurre un hecho trascendental para entender la falsa oposición entre ciencia positiva y saber valorativo. El estudio del psicoanálisis no se puede realizar haciendo abstracción de lo que nosotros somos, lo que se cree y se piensa. Este estudio pone en cuestión las relaciones fundamentales de la identidad, el padre, la madre, la infancia, nuestra historia personal. Pone en cuestión todo lo que uno es, lo que cree y lo que piensa, la constitución del ser como ser del deseo y del habla. Este es un hallazgo de importancia para plantearse la pregunta, ¿qué tipo de Nación queremos? Su respuesta no puede estar al margen de la respuesta a la pregunta, ¿qué tipo de hombre somos?

Para construir algunas de sus más caras reflexiones sobre el crecimiento y el desarrollo Currie toma contacto con el psicoanálisis. Su larga relación con algunos de los más destacados psicoanalistas norteamericanos le permite establecer la relación y la diferencia crucial entre las necesidades y los deseos. El mercado ofrece una explicación sobre la producción y distribución de los bienes de consumo pero no dice nada sobre la motivación principal de las fuerzas que explican su movimiento. Estas fuerzas se encuentran según Currie, en el deseo casi universal por obtener un mayor ingreso, no sólo con el fin de satisfacer las necesidades físicas sino también las sicológicas. El crecimiento genera crecimiento y el deseo humano no tiene un punto terminal, ya que el individuo más rico o el país más rico siempre están deseando poseer más riqueza. La sabiduría del mercado en el campo de los valores culturales y humanos es bien dudosa. El motor de la civilización y su inescrutable enigma se encuentra en el deseo y el amor, esto es, en la carencia psicológica. Las fuerzas ocultas y misteriosas de la sociedad son las que hacen perpetuar, según Currie, un crecimiento sin fin originado en la necesidad psíquica de satisfacer deseos que, como tales, son inconscientes.

El límite de la teoría económica y su incapacidad casi ancestral de dialogar con los desarrollos epistemológicos más recientes, estriba

en alguna proporción en reducir las necesidades del hombre a las simples necesidades materiales que se satisfacen por un consumo. Las necesidades humanas no son sólo materiales, pues como Freud lo demostró, hay otro aspecto del ser humano que el padre del psicoanálisis llamó libido, y que es el deseo. Este en su origen siempre es inconsciente y tiene la característica de soportar la no realización inmediata y de poder por ende sufrir vicisitudes continuas hasta que se satisfaga de una u otra manera. La necesidad puede estar satisfecha, el deseo nunca lo está. Este descubrimiento del psicoanálisis le permite a Currie plantear que el deseo humano por un mayor ingreso es insaciable y nunca podrá ser satisfecho.

Lamentablemente, al psicoanálisis lo excluyen casi siempre de todos aquellos intentos teóricos que se plantean la necesidad de un trabajo interdisciplinario, por la sencilla razón de que éste es un saber que pone en cuestión los fundamentos de nuestra cultura discutiendo precisamente todo lo que uno cree. El inconsciente, nuestra capacidad de crear símbolos y de dejarnos esclavizar por ellos, la historicidad de lo sexual y lo familiar, el peso del pasado sobre el presente, son aspectos que trata con amplitud el psicoanálisis y que, como tales, no pueden estar al margen de un pensamiento sobre la sociedad. Su incorporación tiene enormes dificultades, pero sus aportes o como lo han mostrado algunas de las reflexiones del profesor Currie, no se pueden dejar de lado cuando nos proponemos la búsqueda de lo específico del ser humano en su interacción con sus semejantes y con la naturaleza.

Las reflexiones en torno a Currie y la sociedad son cruciales en los actuales momentos de confusión y crisis. En las sociedades capitalistas, democracia y libertad se encuentran tan inexorablemente ligadas como inequidad e injusticia distributiva. Hoy, cuando los economistas tecnomorfos en el poder de los Estados nos anuncian la expansión victoriosa del mercado, es bueno detenernos aunque sea por un instante a pensar la ética y la política, pues son ellas las que nos permitirán controlar la gula capitalista que pretende hacernos creer que el mercado, además de saber de precios, puede saber de valores. El problema económico y político de la humanidad sigue siendo, como pensara Keynes, la manera de poder combinar tres cosas: eficiencia económica, justicia social y libertad individual. La obra del profesor Currie es una respuesta acuciosa y original a este problema. El valor y vigencia del pensamiento social de Currie consiste en habernos alertado, desde muy temprano, sobre aquellas "soluciones" que pueden llevar a la sociedad hacia las aguas heladas del cálculo egoísta.